

Robespierre. En medio de aquel torrente de ataques contra los jefes revolucionarios, los tres principales, largo tiempo defendidos, debían sucumbir al fin. Billaud-Varenes, Collot-d'Herbois y Barrere, acusados de nuevo formalmente por Legendre, no pudieron eludir la suerte común ni los comités dispensarse de recibir la denuncia y emitir su dictamen. Lecointre, declarado calumniador en su primera acusación, anunció que había mandado imprimir los documentos que primero le faltaron; remitiéronse éstos á los comités, que, impulsados por la opinión, no se atrevieron á resistir, y declararon por último que había lugar á examen contra Billaud, Collot y Barrere, mas no contra Vadier, Vouland, Amar y David.

El proceso de Carrier, lentamente instruído en presencia de un público que disimulaba mal el espíritu de reacción que le animaba, terminó al fin el 26 frimario (16 de diciembre). Carrier y dos individuos del comité revolucionario de Nantes, Pinel y Grand-Maison, fueron condenados á la pena de muerte como agentes y cómplices del sistema del terror; los demás quedaron absueltos de la parte que habían tenido en las sumersiones por obedecer á sus superiores. Carrier, persistiendo en sostener que toda la revolución y los que la habían hecho, tolerado ó dirigido, eran tan culpables como él, fué conducido al cadalso, y resignándose en el momento fatal, recibió la muerte con calma y valor. Para probar lo que puede el ciego impulso de las gue-

rras civiles, citábanse rasgos del carácter de Carrier, por los cuales se reconocía que antes de su misión en Nantes no era en ningún modo sanguinario. Los revolucionarios, aunque condenando su conducta, se espantaron de su suerte, y no pudieron disimularse que esta ejecución era el principio de las sangrientas represalias que les preparaba la contrarrevolución. Además de las persecuciones contra los representantes, individuos de los antiguos comités ó enviados en comisión, otras leyes recientemente expedidas les probaban que la venganza iba á descender más, sin que pudiese salvarles el haber desempeñado cargos inferiores. Un decreto obligaba á todos los que habían ejercido funciones y manejado caudales públicos á dar cuenta de su gestión; y como todos los individuos de los comités revolucionarios habían formado cajas con el producto de los impuestos, con la plata de las iglesias y los subsidios revolucionarios, para organizar los primeros batallones de voluntarios, pagar á los ejércitos y transportes, sostener la policía y atender finalmente á otros mil gastos del mismo género, era evidente que todos los funcionarios de la época del terror iban á quedar expuestos á persecuciones.

Á estos fundados temores agregábanse noticias muy alarmantes. Hablábbase de la paz con Holanda, Prusia, el Imperio, España y hasta la Vendée; pretendiéndose que las condiciones de esta paz serían funestas para el partido revolucionario.

CAPÍTULO XXVI

Continuación de la guerra en el Rhin. — Toma de Nimega por los franceses. — Política exterior de Francia. — Varias potencias solicitan conferenciar. — Decreto de amnistía para la Vendée. — Conquista de Holanda por Pichegrú. — Toma de Utrecht, Amsterdam y las principales ciudades. — Ocupación de las siete Provincias Unidas. — Nueva organización política de Holanda. — Victorias en los Pirineos. — Fin de la campaña de 1794. — Prusia y otras varias potencias coligadas piden la paz. — Primeras negociaciones. — Estado de la Vendée y de Bretaña. — Puisaye en Inglaterra. — Medidas de Hoche para la pacificación de la Vendée. — Negociaciones con los jefes vendeanos.

Los ejércitos franceses, dueños de toda la orilla izquierda del Rhin y dispuestos á pasar á la derecha, amenazaban la Holanda y la Alemania. Tratábase sólo de resolver si convendría avanzar ó hacerlos volver á sus acantonamientos.

A pesar de todos sus triunfos y de su permanencia en la rica Bélgica, hallábanse en la mayor miseria. El país que ocupaban, recorrido durante tres años por innumerables legiones, estaba completamente exhausto. A los males de la guerra uniéronse los de la administración francesa, que había introducido en pos de sí los asignados, el *máximum* y las requisas. Algunas municipalidades interinas, ocho administraciones subalternas y una central establecida en Bruselas estaban encargadas de gobernar el país hasta que se resolviera su suerte definitiva. Habíase impuesto al clero, á las abadías, á los nobles y corporaciones el pago de ochenta millones; pusieron en circulación forzosa los asignados; y los precios de Lila sirvieron para determinar el *máximum* en toda la Bélgica, sometiéndose á la requisita los comestibles y las mercancías útiles á los ejércitos. Estos reglamentos no bastaron para que cesara la escasez, pues los mercaderes y comerciantes ocultaban cuanto tenían, careciendo así de todo, lo mismo el oficial que el soldado.

Alistado en masa el año anterior, equipado apresuradamente y conducido con la mayor precipitación á Hondschoote, Watignies y Landau, el ejército entero no había recibido de la administración más que pólvora y proyectiles. Hacía mucho tiempo que no acampaba en tiendas, sino bajo las ramas de los árboles, á pesar de haber entrado en un invierno riguroso. Por no tener zapatos, muchos soldados se cubrían los pies con trenzas de paja ó se abrigaban con esteras en vez de capotes. Los oficiales, pagados con asignados, veían reducirse los haberes á ocho ó diez francos efectivos al mes, y los que recibían algún socorro de sus familias no podían emplearlo, porque todo estaba requisado de antemano por la administración francesa. Se veían, pues, reducidos á la vida del soldado, marchando á pie, llevando la mochila á la espalda, comiendo pan de munición y corriendo las aventuras de la guerra.

La administración parecía hallarse agotada por el extraordinario esfuerzo que había hecho en levantar y armar un millón y doscientos mil ciudadanos. La nueva

organización del poder, débil y dividida, no podía darle la fuerza y actividad necesarias; de modo que todo aconsejaba que el ejército pasase á cuarteles de invierno, premiándoles con el descanso y la abundancia sus victorias y virtudes militares.

Sin embargo, nos hallábamos delante de la plaza de Nimega, que situada en el Wahal (nombre que toma el Rhin cerca de su desembocadura), dominaba ambas orillas y podía servir de entrada de puente al enemigo para pasar en la siguiente campaña á la orilla izquierda. Importaba, pues, apoderarse de esta plaza antes de que entrase más el invierno; mas era muy difícil acometerla. El ejército inglés, colocado en la orilla derecha, formaba un campamento de treinta y ocho mil hombres, que por medio de un puente de barcas podía comunicar con la plaza y abastecerla. Además de sus fortificaciones, tenía Nimega delante un campo atrincherado, guarnecido de tropas, de modo que para acometerla completamente, convenía colocar en la orilla derecha un ejército que debía arriesgarse á los peligros del paso y de una batalla, sin tener, en caso de derrota, medio alguno de retirarse. Así que sólo podía maniobrar en la orilla izquierda, debiendo reducirse á atacar el campo atrincherado, sin gran esperanza de resultado favorable.

No obstante, los generales franceses estaban decididos á intentar uno de aquellos bruscos y atrevidos ataques que acababan de abrirles en tan corto tiempo las puertas de Maestricht y Venloo. Conociendo los aliados cuán importante era Nimega, se habían reunido en Arnhem para acordar los medios de defensa, y convinieron en que pasase un cuerpo austriaco al campo de los ingleses, á las órdenes del general Wernek, y formase la izquierda del duque de York para la defensa de la Holanda. Mientras éste permanecía con sus ingleses y hannoverianos en la orilla derecha del puente de Nimega y renovaba las fuerzas de la plaza, el general Wernek debía intentar por la parte de Wesel, mucho más arriba de Nimega, un movimiento particular que los militares de experiencia han tenido por el más absurdo de los que empleó la liga en el transcurso de todas estas campañas. Este cuerpo, aprovechándose de una isla que forma el Rhin hacia Buderich, debía pasar á la orilla izquierda y colocarse entre el ejército del Sambre y Mosa y el del Norte. Veinte mil hombres iban, pues,

á situarse más allá de un gran río, entre dos ejércitos victoriosos de más de ochenta mil hombres cada uno, para ver el efecto que causarían en ellos, debiendo reforzarse según fuera necesario. No hay duda que este movimiento, ejecutado por los dos ejércitos coligados, hubiera podido ser grande y decisivo, pero con veinte mil hombres era una tentativa pueril y acaso fatal para el cuerpo que debiera hacerla.

Con todo, creyendo que salvarían por este medio á Nimega, los aliados hicieron avanzar por una parte el cuerpo de Wernek hacia Buderich, y por otra ordenaron que la guarnición de Nimega efectuase alguna salida. Rechazaron los franceses cuantas practicaron, y así como en Maestricht y Venloo habían abierto la trinchera tan cerca de la plaza, que aún no se había visto cosa igual en la guerra, así también una feliz casualidad aceleró sus trabajos. Las dos extremidades del arco que describían alrededor de Nimega terminaban en el Wahal, desde las cuales procuraban disparar sobre el puente, y en efecto, algunos de sus proyectiles alcanzaron á varios pontones y pusieron en mucho peligro las comunicaciones de la guarnición con los ingleses. Éstos, que se hallaban en la plaza, sorprendidos de tan extraño acontecimiento, repusieron los pontones y se apresuraron á unirse con el grueso de su ejército, que estaba en la orilla opuesta, abandonando á la guarnición, compuesta de tres mil holandeses. No bien notaron los republicanos esta determinación, redoblaron el fuego, y entonces el gobernador, atemorizado, dió parte de su posición al príncipe de Orange y obtuvo permiso para retirarse luego que viese cercano el riesgo. Apenas recibió esta autorización, atravesó el Wahal, y entonces se introdujo el desorden en la guarnición, deponiendo parte las armas, y parte que quiso salvarse por un puente volante quedó detenida por los franceses, que cortaron las maromas, yendo á parar á una isla en que se entregó prisionera.

El día 8 de noviembre entraron los franceses en Nimega y se hallaron dueños de aquella importante plaza, gracias á su temeridad y al terror que sus armas infundían. Entretanto los austriacos mandados por Wernek habían intentado salir de Wesel; pero cayendo sobre ellos el impetuoso Vandamme, cuando iban á poner el pie en la otra orilla del Rhin, les hizo retroceder á la derecha, y pudieron darse por contentos de no haber obtenido mayor ventaja, porque si hubieran adelantado más se hubieran visto á pique de quedar deshechos.

Llegó por fin el momento de entrar en los acantonamientos, porque se hallaban en posesión de todos los puntos importantes del Rhin. El conquistar la Holanda, asegurarse así la navegación del Escalda, el Mosa y el Rhin, privar á la Inglaterra de su más poderosa alianza en los mares, amenazar por sus costados á la Alemania, interrumpir las comunicaciones de nuestros enemigos del continente con los del Océano, ú obligarlos al menos á dar el largo rodeo de Hamburgo, y finalmente franquearnos el más rico país del mundo y el más codiciado de nosotros en la situación de nuestro comercio, era indudablemente objeto digno de la ambición de nuestro gobierno y nuestro ejército; pero ¿cómo atreverse á intentar la conquista de la Holanda, imposible casi en todos los tiempos y mucho más en la estación de las lluvias? Situada en la embocadura de

varios ríos, la Holanda no consiste sino en lenguas de tierra, puestas entre las corrientes de estos ríos y las del Océano. Su suelo, más bajo en todas partes que el cauce de las aguas, se ve incesantemente amenazado por el mar, el Rhin, el Mosa y el Escalda, cortado además por ramales de estos ríos y por una multitud de canales artificiales. Estos valles, expuestos á ser inundados, se ven cubiertos de jardines, ciudades industriales y arsenales. A cada paso que por aquel país quiere dar un ejército, se encuentra con anchos ríos, cuyas márgenes son diques alzados y coronados de cañones, ó corrientes de ríos y canales, defendidas por el arte de las fortificaciones, ó plazas, finalmente, que son las más fuertes de Europa. Las grandes maniobras que trastornan muchas veces la defensa metódica, haciendo inútiles los sitios, son imposibles en medio de un país atajado y defendido por innumerables líneas. Si á pesar de todo logra un ejército superar tantos obstáculos y adelantar algo en Holanda, sus habitantes, por un acto heroico de que dieron ejemplo ya en el reinado de Luis XIV, no tienen más que romper sus diques y pueden inundar en su país al temerario ejército que penetrase en él. Les quedan sus barcos, en que, como los atenienses, pueden huir con sus tesoros y esperar á mejores tiempos, ó ir á las Indias á poblar el ancho imperio que les pertenece. Todas estas dificultades son aún mayores en la estación de las inundaciones, haciéndolas insuperables una alianza marítima como la de Inglaterra.

Verdad es que el espíritu de independencia que á la sazón animaba á los holandeses, su odio al estatuderato, su aborrecimiento á la Inglaterra y á la Prusia, la persuasión en que estaban de sus verdaderos intereses y el resentimiento que abrigaban aún por la revolución, tan desgraciadamente sofocada en 1787, no podían dejar duda á los ejércitos franceses de que eran vivamente deseados. Debía creerse que los holandeses se opondrían á que rompiesen sus diques y arruinasen su país por una causa que detestaban; pero aún les tenían oprimidos el ejército del príncipe de Orange y el del duque de York, que reunidos bastaban para estorbar el paso de las muchas líneas que era preciso tomar á su vista. De modo que si en tiempo de Dumouriez era temeraria una sorpresa, á fines de 1794 era casi un desatino.

El comité de salvación pública, excitado, sin embargo, por los refugiados holandeses, pensaba seriamente en penetrar más allá del Wahal. Pichegrú, tan plagado de sarna y de miseria como la mayor parte de sus soldados, había ido á Bruselas á curarse de una enfermedad cutánea, substituyéndole Moreau y Regnier, que aconsejaban permanecer quietos é invernar. El general holandés, Daendels, refugiado de esta nación y militar intrépido, proponía incesantemente una tentativa contra la isla de Bommel, pudiendo dejar de seguir adelante si este ataque se malograba. El Mosa y el Wahal, que corren paralelos hacia el mar, se unen en un corto espacio mucho más allá de Nimega, se separan de nuevo, y vuelven á reunirse en Wondrichem, algo más arriba de Gorcum. El espacio comprendido entre sus dos brazos es lo que se llama la isla de Bommel. A pesar del consejo de Moreau y de Regnier, se intentó un ataque contra esta isla por tres puntos diferentes, pero salió desgraciado, y se abandonó inmediatamente con

la mejor buena fe, especialmente por parte de Daendels, que se apresuró á confesar cuán imposible era así que lo conoció.

Entonces, es decir, á mediados de frimario (principios de diciembre), entró el ejército en cuarteles de invierno, de que tenía tanta necesidad, y estableció parte de los acantonamientos alrededor de Breda para bloquearla. Esta plaza y la de Grave no se habían rendido, pero la falta de comunicaciones durante el invierno debía seguramente obligarlas á efectuarlo.

En esta posición creía el ejército que acabaría la estación, y ciertamente tenía motivos para envanecerse de su gloria y sus servicios. Pero un suceso casi milagroso le preparaba nuevos lauros; pues el frío, ya bastante intenso, se aumentó en breve hasta el punto de hacer esperar que tal vez llegarían á helarse los grandes ríos. Dejó Pichegrú á Bruselas y no acabó de restablecerse, para no desperdiciar la ocasión de nuevas conquistas, si la estación se las facilitaba. Efectivamente, el invierno se endureció más y más, llegando á presentarse como el más riguroso de todo el siglo. El Mosa y el Wahal se helaron hasta tal punto que el 3 nivoso (23 de diciembre) se congeló el primero en disposición de poder resistir el tránsito de la artillería. El general Walmoden, á quien había dejado el duque de York el mando al salir para Inglaterra, condenándole á no sufrir sino desastres, se vió en la situación más apurada. Helado el Mosa, se hallaba descubierto por el frente, y el Wahal, saliendo de madre y amenazando llevarse todos los puentes, comprometía su retirada. Muy pronto supo que acababa de ser arrebatado el puente de Arnheim, y se apresuró á hacer desfilar por la espalda sus bagajes y caballería pesada, y él emprendió su retirada hacia Deventer, próximo á las orillas del Issel. Pichegrú, valiéndose de la ocasión que le ofrecía la fortuna para superar obstáculos comunmente invencibles, se dispuso á atravesar el Mosa por encima del hielo, pasándolo por tres puntos y apoderándose de la isla de Bommel, mientras la división que bloqueaba á Breda atacaba las líneas que rodeaban esta plaza. Estos animosos franceses, casi desnudos y expuestos al más riguroso invierno del siglo, salieron de sus cuarteles, renunciando alegremente al reposo que apenas empezaban á disfrutar. El 8 nivoso (28 de diciembre), con un frío de 19 grados, se presentaron en tres puntos, en Crevecœur, Empel y fuerte de Saint-André. Atravesaron el hielo con su artillería, sorprendieron á los holandeses, ateridos casi de frío, y los derrotaron completamente. Mientras se apoderaban de la isla de Bommel, la división que sitiaba á Breda atacó las líneas y se apoderó de ellas, de modo que los holandeses, acometidos por todas partes, se retiraron desordenados, unos hacia el cuartel general del príncipe de Orange, que continuaba en Gorcum, y los otros á Thiel. En el desorden de su retirada no se acordaron siquiera de defender los pasos del Wahal, que no estaba bastante helado; y Pichegrú, dueño de la isla de Bommel, donde había entrado atravesando el Mosa, pasó el Wahal por distintos puntos, pero no se atrevió á seguir adelante, no teniendo el hielo suficiente consistencia para soportar la artillería. En semejante situación, la suerte de la Holanda era desesperada si continuaba el frío, como parecía verosímil. El príncipe de Orange, con sus holandeses desanimados en Gorcum,

y Walmoden, en completa retirada hacia Deventer con los ingleses, no podían hacer frente á un terrible vencedor que era muy superior á ellos en fuerzas y acababa de romper el centro de su línea. No era menos alarmante la situación política que la militar. Los holandeses, llenos de confianza y alegría al ver á los franceses inmediatos, empezaban á conmovirse. El partido orangista era mucho más débil que el republicano para oponerse á él, y los enemigos del estatuderato le culpaban por haber abolido las libertades patrias, encerrado ó proscrito á los mejores y más generosos patriotas y sacrificado la Holanda á la Inglaterra, arrastrándola á una alianza opuesta á todos sus intereses comerciales y marítimos. Se reunían secretamente en comités revolucionarios, dispuestos á sublevarse á la menor señal, á destituir las autoridades y nombrar otras. La provincia de Frisia, cuyos estados se hallaban reunidos, se atrevió á declarar que quería separarse del estatúder, y los ciudadanos de Amsterdam hicieron una exposición á las autoridades de la provincia en que declaraban hallarse dispuestos á resistir todo preparativo de defensa, no sufriendo jamás que se rompiesen los diques. En tan desesperada situación creyó el estatúder deber entablar negociaciones, enviando comisionados al cuartel general de Pichegrú para solicitar un armisticio, ofreciendo por condiciones de paz la neutralidad é indemnización de los gastos de la guerra. Negáronse á la tregua el general francés y los representantes, y en cuanto á las ofertas de paz las remitieron inmediatamente al comité de salvación pública. Ya la España, amenazada por Dugommier, á quien dejamos bajando por los Pirineos, y por Moncey, que dueño de Guipúzcoa marchaba hacia Pamplona, había hecho proposiciones de paz. Los representantes enviados á la Vendée para indagar si sería posible la pacificación, respondieron afirmativamente, pidiendo un decreto de amnistía. Por muy reservado que sea un gobierno, siempre se traslucen las negociaciones de este género, aunque sea con ministros absolutos; ¿cómo habían de permanecer secretas con unos comités cuya cuarta parte se renovaba mensualmente? Se sabía públicamente que Holanda y España andaban en tratos; se añadía que la Prusia, reconociendo sus ilusiones y el error en que había incurrido de unirse con la casa de Austria, solitaba negociaciones, y se sabía, en fin, por todos los periódicos europeos, que cansados de una guerra que les interesaba tan poco, muchos Estados del Imperio habían pedido en la dieta de Ratisbona la apertura de las mismas negociaciones; todo, pues, preparaba los ánimos á la paz; y así como se habían trocado las ideas de terror revolucionario en sentimiento de clemencia, así ahora las ideas de guerra se habían cambiado en las de general reconciliación con la Europa. Formábanse conjeturas sobre las menores circunstancias. Los infelices hijos de Luis XVI, privados de todos sus parientes y separados uno de otro en la prisión del Temple, habían visto suavizarse su suerte desde el 9 termidor. El zapatero Simón, encargado del joven príncipe, había perecido como cómplice de Robespierre, substituyéndole otros tres, de los que sólo uno se cambiaba diariamente, los cuales eran más humanos con aquél.

De estas mudanzas ocurridas en el Temple se sacaban inmensas consecuencias, pues los realistas que em-

pezaban ya á asomar, cuyo número se aumentaba con los indecisos que abandonan siempre un partido cuando empieza á decaer, decían con malicia que iba á hacerse la paz. No pudiendo decir á los republicanos: vuestros ejércitos quedarán batidos, lo cual era continuamente repetido, aunque sin lograr nada, y por otra parte muy sencillo, les decían: va á detenerse en sus victorias; la paz está firmada; no se apoderarán del Rhin; las condiciones de la paz serán el restablecimiento de Luis XVII sobre el trono, la vuelta de los emigrados, la abolición de los asignados y la restitución de los bienes nacionales.

Déjase conocer cuánto debería exasperar á los patriotas rumores semejantes, pues amedrentados por las consecuencias que sufrían, veían con desesperación comprometido por el gobierno el fin que con tantos esfuerzos habían conseguido. «¿Qué destino queréis dar al joven Capeto?, decían; ¿qué vais á hacer de los asignados? ¿La sangre que han vertido nuestros ejércitos, ha de servir para paralizarlos en medio de sus victorias? ¿No tendrán la satisfacción de conquistar para su patria la línea del Rhin y de los Alpes? La Europa ha querido desmembrar la Francia, y la justa represalia de Francia, vencedora de la Europa, debe ser conquistar las provincias que completan su territorio.»

«¿Qué va á hacerse en favor de la Vendée? ¿Va á perdonarse á los rebeldes cuando se sacrifica á los patriotas? Más valdría en este caso, exclamó un individuo de la Montaña en un arrebato de cólera, ser Charette que diputado en la Convención.»

Fácil es de comprender la turbación que debían infundir estas divisiones, unidas á las que suministraba ya la política interior. Viéndose el comité de salvación pública estrechado entre ambos partidos, se creyó obligado á dar explicaciones y declaró en dos distintas veces, la una por medio de Carnot y la otra por Merlín de Douay, que los ejércitos habían recibido orden de continuar sus triunfos y no oír proposiciones de paz, sino en medio de las capitales enemigas.

En efecto, le parecieron demasiado tardías para poder aceptarse las proposiciones de la Holanda, y no creyó deber consentir en negociaciones cuando iba á apoderarse de aquel país; mas antes le pareció muy digno de la república abatir el poder del estatúder y favorecer á la república holandesa. Exponiáse, es verdad, á ver todas las colonias de Holanda y aun parte de su marina en poder de los ingleses á nombre del estatúder, pero eran superiores las consideraciones políticas. La Francia no podía menos de derribar el estatúderato, y esta conquista de Holanda, aumentando el prestigio de sus victorias, intimidaba más á la Europa, comprometía especialmente á la Prusia por sus costados, obligaba á esta potencia á presentar proposiciones y tranquilizaba principalmente á los patriotas franceses. Por consiguiente, Pichegrú recibió orden para seguir adelante; y como la Prusia y el Imperio no habían abierto aún ningún trato, nada tuvo que responderseles. Respecto á España, que prometía reconocer la república é indemnizarla con tal que se destinase á Luis XVII algún pequeño Estado hacia los Pirineos, fué escuchada con indignación y desprecio, mandando á los dos generales franceses que avansasen sin demora. En cuanto á la Vendée, se expidió un decreto de amnistía, en que se prometía

que todos los rebeldes sin distinción de grados de depusiesen las armas en el término de un mes, quedarían libres de persecución por el hecho de sublevarse.

El general Canclaux, que se hallaba destituido sin más causa que sus ideas moderadas, fué repuesto al frente del ejército llamado del Oeste, que comprendía la Vendée. El joven Hoche, que mandaba el de las costas de Brest, recibió además el mando de las de Cherburgo; y ciertamente no podían escogerse dos generales más capaces para pacificar el país, tanto por su cordura como por su energía.

Pichegrú, que había recibido órdenes para proseguir su victoriosa marcha, esperaba que se helase enteramente la superficie del Wahal. Nuestro ejército se hallaba á lo largo del río, esparcido por sus orillas hacia Millingen, Nimega y la longitud de la isla de Bommel, que era nuestra. Walmoden, viendo que Pichegrú no había dejado hacia esta isla más que algunas avanzadas en la orilla derecha, las hizo retroceder y empezó un movimiento ofensivo. Proponía al príncipe de Orange que se uniese á él para formar con ambos ejércitos reunidos un total imponente que pudiera contener en una batalla al enemigo, irresistible por entonces en la línea de los ríos. El príncipe de Orange, empeñado en no descubrir el camino de Amsterdam, no quiso dejar á Gorcum. Walmoden trató de colocarse en su línea de retirada, que de antemano tenía trazada desde el Wahal al Linge, desde el Linge al Let, y desde éste al Issel por Thiel, Arnheim y Deventer.

Mientras los republicanos esperaban el hielo con la mayor impaciencia, la plaza de Grave, defendida heroicamente por el comandante Debons, se entregó reducida casi á cenizas. Era la principal que poseían los holandeses al otro lado del Mosa y la única que no había cedido al ascendiente de nuestras armas. Entraron en ella los franceses el 9 nivoso, y el 19 del mismo (8 de enero de 1795) se halló por fin el Wahal sólidamente helado. Atravesóle hacia Bommel la división Souham y la brigada Dewinther, destacada del cuerpo de Macdonald hacia Thiel. No era tan fácil el paso del Nimega ni por más arriba, porque el Wahal no se hallaba congelado enteramente; sin embargo el 21 (10) lo efectuó por cima de Nimega el ala derecha de los franceses, y Macdonald, apoyado por ella, pasó sobre barcas al mismo Nimega. Retiróse el ejército de Walmoden al ver este movimiento general, pues aunque con una sola batalla hubiera podido salvarse, en el estado de división y desaliento en que se hallaban los aliados, una batalla hubiera podido producir un desastre. Walmoden hizo un cambio de frente á retaguardia, retrocediendo á la línea del Issel para ganar el Hannóver por las provincias de tierra firme; y según el plan de retirada que se había propuesto, abandonó así las provincias de Utrecht y la Güeldres á los franceses. El príncipe de Orange permaneció hacia el mar, es decir, en Gorcum; y sin esperar ya nada, abandonó su ejército, se presentó en los Estados reunidos en la Haya y les declaró que había hecho cuanto estaba en su mano para defender el país y que nada le quedaba que ejecutar. Aconsejó á los representantes que no resistiesen por más tiempo al vencedor para evitar mayores males, embarcándose poco después para Inglaterra.

Desde aquel instante no tenían ya los vencedores

en qué detenerse para ocupar como un torrente toda la Holanda, y así el 28 nivoso (17 de enero) entró en Utrecht la brigada Salm y el general Vandamme en Arnheim. Los Estados de Holanda resolvieron no oponer más resistencia á los franceses y que saliesen comisionados á abrirles las plazas que creyesen necesitar para su seguridad. En todas partes manifestaban su existencia las comisiones secretas que se habían formado, expulsando á las autoridades establecidas y nombrando espontáneamente otras nuevas. Los franceses eran recibidos con los brazos abiertos como libertadores, y les llevaban los víveres y vestidos de que carecían. Reinaba la mayor fermentación en Amsterdam, donde aún no habían entrado y les esperaban con impaciencia; pues el vecindario, irritado contra los orangistas, quería que saliese de la ciudad la guarnición y que despojándose de su autoridad la regencia, les entregasen las armas á los ciudadanos. Pichegrú que estaba cerca envió un edecán para que las autoridades municipales mantuviesen la tranquilidad é impidiesen los desórdenes. Por fin el 1.º pluvioso (20 de enero) Pichegrú, acompañado de los representantes Lecoste, Bellegarde y Joubert, hizo su entrada en Amsterdam. Salieron á recibirle los habitantes llevando en triunfo á los patriotas perseguidos y gritando: ¡Viva la república francesa! ¡Viva Pichegrú! ¡Viva la libertad! Admiraban á aquellos valientes que acababan de arrostrar medio desnudos los fríos de semejante invierno y de conseguir tantas victorias, dando los soldados franceses en esta ocasión el más admirable ejemplo de orden y disciplina. Sin víveres ni vestidos, expuestos al hielo y á la nieve, en medio de una de las más ricas capitales de Europa, esperaron muchas horas alrededor de sus armas en pabellones á que los magistrados les diesen comida y alojamientos. Mientras los republicanos entraban por un lado, los orangistas y emigrados franceses huían por otro, hallándose cubierto el mar de embarcaciones cargadas de fugitivos y de despojos de toda especie.

El mismo día 20, la división de Bonnaud, que el día antes se había apoderado de Gertruydenberg, atravesó el Biesbosch helado y entró en la ciudad de Dordrecht, donde halló seiscientas piezas de artillería, diez mil fusiles y almacenes de víveres y municiones para un ejército de treinta mil hombres. Esta división pasó después por Rotterdam para entrar en el Haya, donde se hallaban reunidos los Estados; de modo que la derecha hacia el Issel, el centro hacia Amsterdam y la izquierda hacia el Haya se apoderaban sucesivamente de todas las provincias. Un suceso maravilloso acompañó esta operación de guerra de suyo tan extraordinaria. Parte de la escuadra holandesa fondeaba cerca de Issel. Pichegrú, que no quería que el deshielo le diese tiempo de volver á Inglaterra, envió hacia el Norte de la Holanda divisiones de caballería y algunas baterías de artillería ligera. Estaba helado el Zuyderzée, y nuestros escuadrones le atravesaron al galope, viéndose á los húsares y artilleros á caballo asaltar como una plaza fuerte aquellos inmóviles navíos, que se rindieron á los sitiadores de un modo tan nuevo.

Por la izquierda sólo faltaba apoderarse de la provincia de Zelandia, que se compone de las islas colocadas en la confluencia del Escalda y del Mosa, y á la

derecha de las provincias del Over-Issel, Drentha, Frisia y Groninga, que unen la Holanda con el Hannóver. La provincia de Zelandia, fuerte por su inaccesible posición, propuso una capitulación un tanto orgullosa, pidiendo no recibir guarnición en sus principales plazas, no pagar contribuciones ni recibir asignados, conservar sus embarcaciones y propiedades públicas y privadas, y, en una palabra, no sufrir ninguno de los perjuicios de la guerra. Pedía también que los emigrados franceses pudiesen retirarse sanos y salvos. Los representantes aceptaron algunos artículos de la capitulación, y en



Luis XVII

cuanto á los restantes, dijeron que debían remitirlos al comité de salvación pública, y sin más explicaciones entraron en la provincia contentísimos con evitar una embestida á viva fuerza y conservar las escuadras que hubieran podido entregarse á Inglaterra. Mientras pasaba esto en la izquierda, la derecha atravesando el Issel rechazaba á los ingleses, llevándolos hasta más allá del Ems. Las provincias de Frisia, Drentha y Groninga cayeron también en poder de las victoriosas armas de la república, como también las siete Provincias Unidas.

Esta conquista, debida á la estación, á la admirable constancia de nuestros soldados, á su robustez para resistir los trabajos, mucho más que á la pericia de nuestros generales, excitó en Europa un asombro mezclado de terror, y en Francia un entusiasmo extraordinario. Carnot, que había dirigido las operaciones de los ejércitos durante la campaña de los Países Bajos, era el principal y verdadero autor de los triunfos. Pichegrú y especialmente Jourdan le habían secundado maravillosamente en tan sangrienta serie de combates; pero después que se pasó de la Bélgica á la Holanda, todo se debía á los soldados y á la estación. Sin embargo, Pichegrú, general del ejército, se llevó toda la gloria